

su mano la de ambos reyes para que hayan ellos de dar pan á su tropa. Gedeon se despide de los de Sukkot con la amenaza de que trillaré su carne con espinas del desierto, cuando Jehova haya entregado en su mano á Sebah y Salmunna. Continuando su marcha hacia el Este, acude después á los habitantes de Penu'el, pero estos también le niegan todo socorro, por temor á la venganza de los reyes del desierto, y él les amenaza con derribar su torre cuando regresare después de la victoria. Prosigue sin descansar la persecución, abandonado de este modo por sus paisanos del lado oriental del Jordán, y toma el camino de los que habitan en tiendas, esto es, el camino de las caravanas, que se extiende al Este de Nobah (1) y Jogbeha. Sorprende al descuidado campamento de los madianitas, pone á éstos en fuga y hace prisioneros á sus dos reyes. Conseguido ya este triunfo, emprende el regreso, y en su marcha encuentra á un muchacho de Sukkot que le da los nombres de las autoridades y de las familias principales de esta ciudad. En sus personas cumple el castigo con que había conminado á sus habitantes, y de la misma manera cumple la palabra empeñada con los de Penu'el: derriba su torre y mata á los varones. Dirígese después á sus prisioneros y les pregunta: *¿Qué clase de hombres eran los que matasteis en Tabor?* y le contestan: *Como tú, así ellos, todos tenían el aspecto de hijos de rey.* Gedeon replicó: *¡Mis hermanos eran, hijos de mi madre! En verdad, que si les hubierais perdonado la vida, yo no os mataría.* Ordena luego á su primogénito Jeter que mate á los reyes; mas el joven, todavía muchacho, no se atreve á desenvainar su espada. Los reyes entonces suplican á Gedeon: *Levántate tú y mántanos, porque como es el varón, así es su fuerza.* Y Gedeon les concede que reciban el golpe mortal de mano de varón; él mismo los mata y toma su presa.

Estos dos relatos, completamente independientes, se encuentran hoy reunidos y concordados, como se ha visto, de tal manera, que parece que Sebah y Salmunna son otros dos reyes de los madianitas, perseguidos por Gedeon en la tierra oriental del Jordán después de haber sido derrotado y dispersado el ejército de estos en el lado occidental del río y muertos en la refriega dos de sus caudillos, llamados Oreb y Se'eb. Las intercalaciones de concordancia son: primera el pasaje 7, 25, del que ya hemos hablado, y luego 8, 10, que refiere que los dos reyes Sebah y Salmunna tenían consigo 15,000 hombres todavía, después de muertos ya doce mil combatientes (2).

Pero esto es contrario al sentido y contexto tanto de la primera como de la segunda narración. La primera relata por completo y hasta el fin el hecho; pues únicamente después de terminado el combate está en sazón la disputa entre los efraimitas y Gedeon, y solo entonces puede hablarse de la cosecha de Abiezer y de la espigadura de Efraim. Así como el primer relato nada sabe de que Gedeon tenga todavía que luchar con los madianitas en la tierra oriental del Jordán, del mismo modo ignora el segundo que ya los haya derrotado hasta aniquilarlos en la comarca occidental. La burla de los ciudadanos de Sukkot y Penu'el no puede explicarse sino en el supuesto de que Gedeon no haya conseguido triunfo alguno todavía.

No son, pues, ambas relaciones sino variantes de una misma leyenda. Ahora bien, en Isaías encontramos otra tercera variante; este libro de profecías menciona también, 9, 3, el día de Madian, localizando el hecho igualmente en la comarca occidental del Jordán, pero no en el llano de Jisrel, sino en la Peña del Cuervo.

(1) No debe confundirse con Kenat, en el Hauran, que después se llamó también Nobah, del nombre de su conquistador.

(2) Véase Salmos, 83, 12, donde se enumeran los cuatro.

Un exámen comparativo de estas tres variantes nos demostrará si una ú otra de ellas puede ofrecernos algún recuerdo histórico.

Comparando, en primer lugar, las dos narraciones del libro de los Jueces entre sí, salta desde luego á la vista que la primera obedece á un pragmatismo religioso, mientras que la segunda tiene mayor naturalidad en su desarrollo. Madian oprime á Israel, y Dios acude al socorro de su pueblo atendiendo á sus súplicas. Una aparición divina decide á Gedeon á obrar, cuando todavía no ha ocurrido la incursión de los madianitas. Gedeon es meramente un instrumento en manos de Dios, y de ahí que deba representar á su familia como pequeña en categoría é influencia. Este es un rasgo que volveremos á encontrar en la historia de Saul, y que ni en una ni en otra parte merece crédito alguno. La toma del campamento de los madianitas sucede de manera sobrenatural, siendo ya de suyo infantil el plan de ataque empleado al efecto.

Del segundo relato se desprende, por el contrario, que Gedeon tenía personalmente un motivo especial para perseguir á los reyes madianitas, y que este era su único objetivo; y luego que los tiene en su poder, no se cuida ya de la persecución de los dispersos. Aquellos reyes habían dado muerte en el Tabor á los hermanos de Gedeon, probablemente después de haberlos hecho prisioneros; tenía éste, por lo mismo, el deber de cumplir la venganza de la familia. Como sus hermanos, era hijo de reyes, y salía al campo con los hombres de su tribu, en número de 300.

Es indudable que la segunda narración es la más antigua y la más históricamente fiel. Desde luego, es más apropiada su localización: el Tabor y la comarca oriental del Jordán, y no el llano de Kischon, habitado por cananeos, y el valle del río.

Si comparamos ahora el primer relato con la variante que aparece en el libro de Isaías, vemos en seguida que la Peña del Cuervo representa distinto papel en cada uno de estos pasajes. Pudieron perfectamente existir Peñas de Cuervo y lagares de Lobo en la comarca occidental del Jordán sin que tuviesen que deber su denominación á reyes del mismo nombre. La circunstancia de haber relacionado estos lugares con la lucha contra los madianitas, puede haber dado lugar á que se apellidara Cuervo y Lobo á los dos reyes; y aun cuando no fuese así, en todo caso se explicarían mejor estos dos nombres como los de tribus madianitas (3), que como los de determinadas personas. No son menos sospechosos, asimismo, los dos nombres que el segundo relato da á los reyes madianitas: Sebah, ó sea «Matanza», y Salmunna, ó sea «Sombra (amparo) negada». Parece que la leyenda había olvidado los nombres de ambos caudillos madianitas y solo conservado segura memoria de que fueron dos.

En 8, 22-28, se refiere luego que Gedeon es solicitado por los hijos de Israel para que sea su rey, transmitiéndose esta dignidad á sus hijos; petición que rechaza, diciendo: *No será señor sobre vosotros, ni lo será tampoco mi hijo. Jehova será vuestro Señor.* Pide luego Gedeon que cada uno de los israelitas le dé el anillo de oro que ha recibido del despojo de los madianitas, pues estos como ismaelitas usaban aquel adorno. De este modo recibe el caudillo, en su manto extendido, setecientas libras de oro, sin las lunecitas que traían al cuello los camellos y los zarcillos. Con este metal se hace construir un Ephod (4), que manda guardar en Ofra y que luego será un tropiezo para Gedeon y su familia, como para todo Israel. Pero Madian queda sometido á Israel, y reposa la tierra cuarenta años.

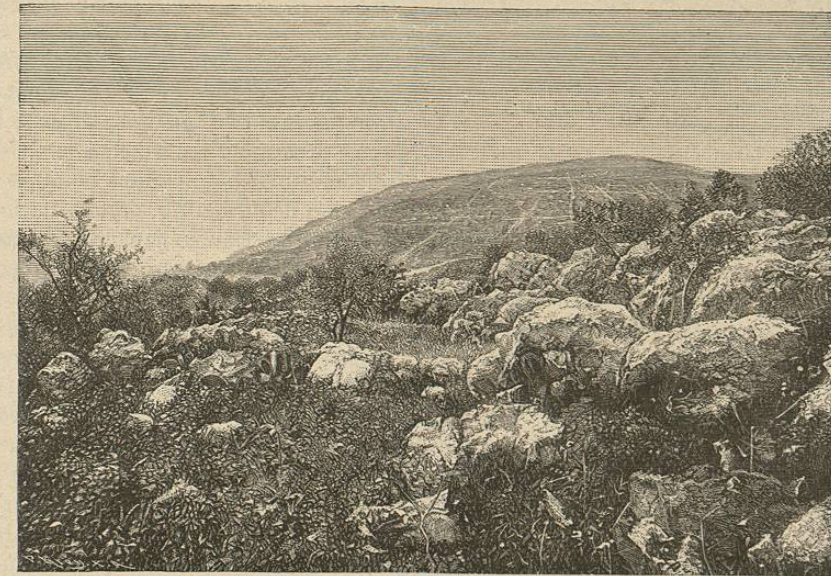
(3) W. Robertson Smith, en el *Journal of Philology*, IX, pág. 89.

(4) Trataremos más adelante de este objeto del culto divino.

Esta narración es evidentemente más moderna que 8, 4-21, y de seguro que ha sustituido á otra más antigua, que relataría cómo Gedeon había sido rey y había edificado un santuario en Ofra, ciudad de su residencia. La especie de que Jehova sea el rey natural de Israel, era desconocida en los tiempos antiguos. Por otra parte, del contexto del cap. 9 se desprende que Gedeon fué efectivamente rey y que se transmitió su dominio á sus descendientes. Asimismo en la época de Gedeon no era cosa extraordinaria que existiera en Ofra un santuario de Jehova con Ephod ó imagen de Dios, de su propiedad particular, como lo prueba la historia de la efraimita Miha, Juec., 17, 18. Su deseo de poseer un santuario real no es menos legítimo que el que manifestaron después David y Salomón. Todo esto estaría consignado claramente en el antiguo relato, cuyas primeras palabras se conservan

todavía en 8, 21: *Y tomó las lunecitas que sus camellos traían al cuello.*

Si queremos formarnos una imagen del reinado de Jerobbaal; prosigamos ahora nuestro estudio de la segunda relación del libro de los Jueces. Según ella, Gedeon era ya un rey de tribu antes de su victoria sobre los madianitas, y procede como tal contra los ciudadanos de Sukkot y Penu'el. Es de suponer que conservaría en su poder estas ciudades después de haberlas castigado y sometido, y que esto y la enérgica corrección impuesta á los madianitas realzarían así su fama de rey de tribu como la de la imagen de Dios que conservaba en su ciudad. De todo esto, sin embargo, nada nos comunica la narración, y solo podemos deducir de lo referido en Juec., 9, acerca de Abimelech, hijo de Jerobbaal, que éste había procurado también ejercer su influencia en la comarca



Monte Garizim

occidental del Jordán, mas allá de los límites de la tribu de Manasés.

Encuétrase ahora en el libro de los Jueces, entre el final de la historia de Jerobbaal-Gedeon, 8, 28, y la de sus sucesores, cap. 9, un trozo — 8, 29-35 — torpemente intercalado por algún redactor ó revisor más moderno, y que ha debido sustituir el relato original de los últimos tiempos de Jerobbaal. Tal vez exista todavía algún resto de este relato en el v. 32, que dice que Gedeon murió en edad avanzada y fué sepultado en su ciudad real Ofra. Si prescindimos de este versículo, vemos que el redactor de 29-35 nada más sabe de aquellos tiempos que lo que refiere el cap. 9 de las postrimerías de la casa de Jerobbaal, y aun esto lo interpreta torcidamente. El cap. 9 nos informa que se deshizo la casa real de Jerobbaal á consecuencia de la plaga del Oriente: es decir, el harem. Jerobbaal tenía entre sus muchas mujeres una concubina de Siquem, ciudad á la sazón todavía cananea, la cual le dió un hijo que se llamó Abimelech. Este, apoyado por sus parientes cananeos, se hace proclamar rey y procura dar muerte á todos los descendientes varones de su padre. Ahora bien, los cananeos de Siquem tenían un santuario, «el Baal del pacto» (*Baal berit*), y tomando pié de este dato el redactor ó epitomista inventa, para los fines de su teoría de apostasía y arrepentimiento, la especie de que los israelitas, después de la muerte de Jerobbaal, se habían convertido al culto de los Baales (*Bealim*), tomando por Dios á Baalberit, y de que no se comportaron con la casa de Jerobbaal

contorne á todo el bien que éste les había hecho. Esto último procede de la reconvencción que hace Jotam, del cual hablaremos luego, y es un juicio poco justo, en todo caso demasiado severo; y lo primero es de todo punto inexacto, deducido de una apreciación arbitraria del cap. 9.

Véase lo que nos cuenta el cap. 9 del libro de los Jueces, relación de toda antigüedad (1) y bastante oscura en muchas de sus partes: Después de la muerte de su padre, marcha Abimelech á Siquem. Allí convoca á los hermanos de su madre y á su familia, y les suplica que influyan para que él sea rey, encargándoles que digan á los ciudadanos de Siquem: *¿Qué tenéis por mejor, que os gobiernen setenta hombres, todos hijos de Jerobbaal, ó que os gobierne un solo hombre? Acordaos que yo soy hueso vuestro y carne vuestra.* Este argumento convence á los de Siquem. Abimelech recibe 70 siclos de plata del tesoro del templo de Baalberit, y con ellos engancha hombres de mal vivir que le siguen como su guardia personal. Con esta gente se dirige al palacio de su padre, en Ofra, y mata á sus setenta hermanos. Tan solo el menor, Jotam, logra ocultarse de los asesinos y escapar. Reúnense luego los ciudadanos de Siquem y toda la casa de Millo (los habitantes del castillo), y eligen á Abimelech por rey bajo la encina del monumento junto á Siquem.

Cuando Jotam tuvo noticia de ello, dícese que subió á la cumbre (800 m. de altura) del monte Garizim — que á manera

(1) Véase Bleek: «Introducción cuarta,» pág. 194.

de muralla de roca (1) se eleva sobre el valle de Siquem - y les arengó en esta forma (9, 7 y siguientes):

«Oidme, varones de Siquem,
Así Dios os oiga!
Fueron los árboles á elegir rey sobre sí,
Y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros.
Mas el olivo les dijo:
¿Tengo que dejar mi pingüe jugo,
Por el que dioses y hombres me honran,
Por ir á dominar sobre los árboles?
Y dijeron los árboles á la higuera:
Anda tú, reina sobre nosotros.
Y les dijo la higuera:
¿Tengo que dejar mi dulzura
Y mi fruto bueno,
Por ir á dominar sobre los árboles?
Dijeron luego los árboles á la vid:
Pues ven tú, reina sobre nosotros.
Y les dijo la vid:
¿Tengo que dejar mi mosto,
Que alegra á dioses y hombres,
Por ir á dominar sobre los árboles?
Dijeron entonces todos los árboles al escaramujo:
Anda tú, reina sobre nosotros.
Y el escaramujo dijo á los árboles:
Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros,
Venid y abrigaos bajo mi sombra;
Y si no, fuego salga del escaramujo
Que devore los cedros del Líbano.»

Ahora, pues, si con verdad y con integridad habeis procedido en hacer rey á Abimelech, y si lo habeis hecho bien con Jerobbaal y su casa, y si le habeis pagado conforme á la obra de sus manos, pues que él, mi padre, peleó por vosotros y despreció su vida por libraros de manos de Madian; y vosotros os levantasteis hoy contra la casa de mi padre y matasteis sus setenta hijos de una vez, y habeis puesto por rey sobre los ciudadanos de Siquem á Abimelech, hijo de su concubina, por cuanto es vuestro hermano.

Si con verdad y con integridad habeis procedido hoy con Jerobbaal y con su casa, gozad de Abimelech y que él goce de vosotros.

Y si no, fuego salga de Abimelech que consuma á los de Siquem y la casa de Millo, y fuego salga de los de Siquem y de la casa de Millo que consuma á Abimelech.

En efecto, la infame accion de Abimelech es vengada en la forma predicha por Jotam. Abimelech y la ciudad que le habia caído en suerte se aniquilan mutuamente y sus propias obras les atraen el castigo divino.

Despues de haber gobernado Abimelech durante tres años sobre Israel, envia Dios (Elohim) un espíritu malo entre el rey y los siquemitas, haciendo que éstos se rebelen contra él, para que el crimen cometido con los setenta hijos de Jerobbaal sea vengado en Abimelech y en sus cómplices los siquemitas. Estos, sin embargo, no se atreven todavía á manifestar abiertamente su rebelion, porque manda en la ciudad como jefe militar un delegado real, llamado Sebul, el cual, por lo visto, tiene á sus órdenes una guarnicion demasiado fuerte para que pueda ser arrojado de allí, aunque no lo suficiente para tomar la iniciativa á favor de Abimelech contra la arrogancia de los habitantes; procuran, pues, proceder embozadamente, y ponen asechanzas en los montes para sorprender y saquear á los que viajan bajo la fe de la paz del rey. Abimelech es informado luego de esto, sin duda por el mismo Sebul. Estalla, al cabo, la llama de la rebelion, avi-

(1) Furrer en el «Léxico Bíblico», de Schenkel, tomo II, pág. 330, y en «Peregrinaciones en Palestina», Zurich, 1685, págs. 244 y siguientes, figura esta escena en un resalto de la peña, debajo de la cumbre, que en forma triangular se destaca de la masa del monte y á manera de púlpito se alza sobre el fondo del valle.

vada tenazmente por un enemigo israelita del rey, llamado Ga'al-ben-Joba'al (2), que se dirige á Siquem con sus hermanos (parientes).

Confiados en este auxilio, los habitantes de Siquem celebran la fiesta de la vendimia sin curarse de Abimelech, aunque saben que tiene noticia de sus actos hostiles. Salen al campo, cogen y pisan la uva; celebran la fiesta ó accion de gracias por la feliz vendimia (Hillulim), entran en el templo de su Dios, comen, beben y maldicen á Abimelech. En el mismo templo - que, como veremos luego, estaba situado fuera de la ciudad - empieza Gaal con frases irónicas á excitar á la rebelion á los siquemitas, ya enardecidos por el vino y la animacion de la fiesta. Véase cómo se expresa: «¿Quién es Abimelech (3) y quién el hijo de Jerobbaal para que nosotros le sirvamos? ¿No es hijo de Siquem (siquemita), y no es Sebul su delegado? Podrán hacerse siervos los hijos de Hamor, padre de Siquem; pero, nosotros, ¿por qué hemos de ser sus siervos? Si pudiese yo tener al pueblo aquí en mi mano, pronto iria á Abimelech y le diria: Aumenta tu ejército y sal. Encuentra, pues, muy plausible que los siquemitas, que pertenecen á la tribu cananea de Hamor, se dejen esclavizar por uno de los suyos; pero su altivez israelita se resiste á que aquel mestizo israelita-cananeo gobierne á hombres de su raza. Semejante sarcasmo debia herir el orgullo nacional de los ciudadanos de la antigua Siquem cananea, fautores del reino de Abimelech, y era seguramente el mejor medio para excitarles á la rebelion. Un rey cuyo gobierno era para un israelita insoportable, no podia ser bastante bueno para ellos.

Cuando Sebul tiene aviso de las instigaciones de Gaal, se enciende en ira y adopta inmediatamente las medidas convenientes. Envia mensajeros á Abimelech diciéndole que Gaal y sus hermanos están amotinando la ciudad contra él, y le encarga que por la noche se ponga en emboscada con su ejército cerca de Siquem, para atacar en la mañana siguiente á la ciudad. Entonces saldrá Gaal con su gente, y podrá proceder con éste segun le parezca mejor.

Abimelech lo hace así, poniendo á su tropa, dividida en cuatro cuerpos, en emboscada alrededor de la ciudad. Gaal sale hasta fuera de la puerta de ésta, sin duda para proteger á los habitantes en la continuacion de la vendimia, y entonces Abimelech se presenta con su gente, y cuando le ve Gaal, dice á Sebul que baja gente de las cumbres de los montes (Siquem está en el valle); pero éste le contesta que la sombra de los montes le parecen hombres. Vuelve Gaal á decir á Sebul: Baja gente por medio de la tierra, y una partida viene desde el terebinto del hechicero. Sebul, dejándose ya de subterfugios, le dice entonces: ¿Dónde está ahora tu boca, con la que decias: ¿Quién es Abimelech, para que le sirvamos? ¿No es éste el pueblo á quien has despreciado? ¡Sal, pues, ahora y pelea con él! Gaal acepta el combate con Abimelech, á la vista de los habitantes de Siquem, pero tiene que huir, por último, ante él, y muchos de los suyos caen heridos junto á la misma puerta de la ciudad. Abimelech, sin embargo, no se atreve á atacar y se retira hácia el Aruma, que se encuentra allí cerca. Durante la noche consigue Sebul arrojar de la ciudad al vencido Gaal y á sus hermanos.

Al dia siguiente salen de nuevo los de la ciudad al campo, en toda probabilidad, sin temor alguno, pues que rechazado Gaal, deben suponer que Abimelech se ha retirado. Informado éste de ello, seguramente por Sebul, se aprovecha de la ocasion para apoderarse de la ciudad por medio de un

(2) En la version LXX, Gaal, hijo de Jobel, y así debe ser. El texto masorético: «hijo de un esclavo», ha sustituido al «Jobbaal» (Jehova es Baal), que no pudieron tolerar épocas posteriores.

(3) V. 28, 29, - v. 28, segun correccion de Wellhausen, véase texto 1 de los Libros de Samuel. Gottinga, 1871, página 12.

astuto golpe de mano. Divide su ejército en tres cuerpos, y coloca uno en emboscada en el campo. Luego, mientras dos de estos cuerpos caen sobre los hombres que están en el campo, el tercero les corta la retirada á la puerta de la ciudad, y de esta suerte perecen todos los que estaban fuera. Abimelech asalta despues la ciudad, la toma, la destruye y la siembra de sal.

Mas queda todavía por conquistar el castillo (Bet-Millo, v. 6) y torre de Siquem (v. 46 y siguientes) (1), que protege la entrada del valle. Sus habitantes se han refugiado en la bóveda del templo de Baalberit. Al saberlo Abimelech, sube con su gente al Salmon, toma una hacha, corta la rama de un árbol, se la echa al hombro y manda hacer lo mismo á cada uno de los suyos. Colocan despues las ramas sobre la bóveda y les pegan fuego; y así murieron todos los que allí se encontraban, unas mil personas.

Este es el suceso que ha dado origen á la especie del narrador efraimita, Gén., 48, 22 (en contradiccion con la leyenda Gén., 34), de que Jacob, antes de su muerte, habia dado á José una fortaleza (hebr. *Schekhem-Siquem*) mas allá de sus hermanos, la cual él habia tomado á los amorreos con su espada y con su arco.

Ante los muros de otra ciudad recibió Abimelech el pago de sus obras. Habia puesto sitio á Tebes, situada entre Siquem y Bet-Schean, por razones que ignoramos, pero que podemos suponer parecidas á las que antes habia tenido para obrar de igual modo con Siquem. En medio de la ciudad habia una torre fuerte, á la cual se retiraron los habitantes cuando ya no podia defenderse la ciudad, atrancando las puertas y subiéndose á lo alto. Abimelech llega hasta estas puertas con intencion de pegarles fuego, como habia hecho

con la torre de Siquem, para poder penetrar, y en aquellos momentos una mujer le arroja el volante (2) de un molino de mano y le abre el cráneo. El herido suplica en el acto á su escudero que le atravesase con su espada, para que no caiga sobre él la vergüenza de que se diga que una mujer le mató, y el escudero hace lo que se le manda. Cuando los israelitas ven muerto á su caudillo, se retiran á sus moradas. Así, sobre la cabeza de Abimelech hizo recaer Elohim el pecado cometido por él, como sobre las cabezas de los siquemitas el mal que ellos hicieron, y así se cumplió la maldiccion de Jotam, hijo de Jerobbaal. Este fué el fin de la primera familia de reyes israelitas. Fenece por su propia culpa.

La narracion de Juec., 9, es de legítima antigüedad. No se encuentra allí rastro alguno de las tendencias religiosas posteriores. Cananeos é israelitas alternan entre sí como hijos de un mismo país. Dios envia un espíritu malo entre aquellos á quienes quiere castigar por el daño que han hecho en comun. El que anuncia el castigo que seguirá al pecado no es un profeta, ni tampoco un ángel, sino Jotam, el hijo del rey. Con razon observa G. Studer (3): «La opinion religiosa del narrador se satisface con haber mostrado en la suerte del malvado Abimelech y de los siquemitas que le ayudaron en sus infamias, los efectos de una ley moral universal, que no deja impune el mal, sino que tarde ó temprano alcanza con mano vengadora al malhechor. Este es el punto de vista de la opinion religiosa universal que tenian los griegos allá por la época de Herodoto y de los trágicos coetáneos.» Si tuviésemos todavía otras antiguas narraciones que reprodujeran el carácter de los tiempos y de los sucesos con tanta fidelidad como Juec., cap. 9, mas de un enigma quedaria descifrado en la historia del pueblo de Israel.

LIBRO CUARTO

LA MONARQUIA BENJAMITA DE SAUL Y ESCHBAAI

CAPITULO PRIMERO

ORÍGENES DE ESTA MONARQUÍA. - DOMINACION DE LOS FILISTEOS. - ELÍ Y SAMUEL.

Estando basadas en hipótesis arbitrarias, como hemos demostrado en las páginas anteriores, las computaciones del libro de los Jueces, no hay medio de fijar el tiempo transcurrido desde la desaparicion de la monarquía manasética hasta que se fundó la de Saul; bien que esto nos puede ser indiferente, no habiendo pretendido esta última ser continuacion de la primera. Por otra parte, no está tampoco probado que no haya habido antes de Saul mas reyes de tribus, á la manera de Jerobbaal y Abimelech, en otros puntos de la Tierra Santa.

Así como el origen, si no del reino de Jerobbaal, á lo menos de su fama nacional, fué una brillante expedicion de represalias contra uno de los pueblos del desierto que empujaban á estrechar á los hijos de Israel en la comarca occi-

(2) La muela ó piedra superior.

(3) *El Libro de los Jueces explicado*. Berna, 1875, págs. 231 y 232.

(1) No estaba dentro de Siquem, sino á alguna distancia de allí.